

2. El trabajo de las mujeres

Las mujeres contribuyen de forma sustancial a las actividades económicas agrícolas y rurales en todas las regiones de los países en desarrollo¹. Sus funciones varían considerablemente de una región a otra y dentro de cada una de ellas, y están cambiando rápidamente en muchos lugares del mundo en los que las fuerzas económicas y sociales están transformando el sector agrícola. La aparición de la agricultura por contrato y las modernas cadenas de suministro de productos agrícolas de valor elevado, por ejemplo, suponen desafíos y oportunidades distintas para las mujeres y los hombres. Estas diferencias tienen su origen en las distintas funciones y responsabilidades de las mujeres y en las limitaciones a que tienen que hacer frente.

Las mujeres rurales administran a menudo hogares complejos y adoptan múltiples estrategias de subsistencia. Sus actividades incluyen normalmente la producción de cultivos agrícolas, el cuidado de los animales, la elaboración y preparación de alimentos, el trabajo asalariado en agroempresas u otras empresas rurales, la recolección de combustible y agua, la participación en el comercio y la comercialización, el cuidado de los miembros de la familia y el mantenimiento de sus hogares (véase el Recuadro 2 para algunas de las preguntas más frecuentes sobre las funciones y la condición de la mujer en la agricultura). Muchas de estas actividades no se definen como “empleo económicamente activo” en las cuentas nacionales, pero todas ellas son esenciales para el bienestar de los hogares rurales (véase el Recuadro 3, página 14, para un examen de las responsabilidades domésticas de las mujeres).

A menudo las mujeres tienen dificultades específicamente relacionadas con el género para participar plenamente en la fuerza laboral, que pueden requerir la adopción de

políticas que van más allá de las destinadas a promover el crecimiento económico y la eficiencia de los mercados de trabajo rural. Las políticas pueden influir en los incentivos económicos y las normas sociales que determinan si las mujeres trabajan, los tipos de trabajo que realizan y si estos se consideran una actividad económica, la cantidad de capital humano que acumulan y los niveles salariales que reciben. El aumento de la participación femenina en la fuerza laboral tiene consecuencias positivas en el crecimiento económico (Klasen y Lamanna, 2009).

Las mujeres en la agricultura

Las mujeres trabajan en la agricultura como agricultoras por cuenta propia, trabajadoras no remuneradas en las explotaciones familiares y trabajadoras, remuneradas o no, en otras explotaciones y empresas agrícolas. Intervienen en la producción agrícola y ganadera de subsistencia y comercial. Producen alimentos y cultivos comerciales y gestionan operaciones mixtas agrícolas en las que a menudo se combinan cultivos, ganadería y piscicultura. Todas estas mujeres se consideran parte de la fuerza laboral agrícola².

Sobre la base de los últimos datos comparables desde el punto de vista internacional, las mujeres representan en promedio el 43 % de la fuerza laboral agrícola de los países en desarrollo. La proporción femenina en la fuerza laboral agrícola varía entre aproximadamente un 20 % en América Latina y casi un 50 % en Asia oriental y sudoriental así como

² La fuerza laboral agrícola abarca las personas que trabajan o buscan un empleo formal o informal y tienen un empleo remunerado o no en la agricultura. En ella se incluyen las mujeres que trabajan por cuenta propia y aquellas que trabajan en explotaciones familiares. No se contemplan, en cambio, tareas domésticas tales como la recogida de agua y leña, la preparación de la comida y el cuidado de los hijos y otros miembros de la familia.

¹ El material de este capítulo se basa en FAO (2010a).

RECUADRO 2

Preguntas más frecuentes sobre las mujeres en la agricultura

Pregunta 1: ¿Qué parte de las labores agrícolas en el mundo en desarrollo realizan las mujeres?

Respuesta: Las mujeres constituyen, por término medio, el 43 % de la fuerza laboral agrícola de los países en desarrollo, cifra que oscila entre aproximadamente un 20 % en América Latina y un 50 % en determinadas partes de África y Asia, y supera el 60 % en unos pocos países solamente (FAO, 2010a). Desde una perspectiva crítica, se argumenta que las estadísticas relativas a la fuerza laboral subestiman la contribución de las mujeres al trabajo agrícola, porque estas son menos propensas a declararse como empleadas en la agricultura y trabajan más horas que los hombres (Beneria, 1981), pero los datos de las encuestas sobre el empleo del tiempo no sugieren que las mujeres realicen la mayor parte de las labores agrícolas en el mundo en desarrollo (véase el Capítulo 2).

Pregunta 2: ¿Qué porcentaje de los alimentos mundiales es producido por las mujeres?

Respuesta: Esta pregunta no se puede responder de manera empíricamente rigurosa debido a las ambigüedades conceptuales y al carácter limitado de los datos. Definiciones diferentes de "alimento" y "producción" darían lugar a respuestas diferentes y, lo que es más importante aún, la producción de alimentos requiere muchos recursos —tierras, trabajo y capital— controlados por hombres y mujeres que trabajan en régimen cooperativo en la mayoría de los países en desarrollo, por lo que no tiene mucho sentido desglosar por sexo la producción de los alimentos (Doss, 2010).

Pregunta 3: ¿Tienen las mujeres menos acceso que los hombres a los recursos e insumos agrícolas?

Respuesta: Sí, esta es una generalización sobre la mujer en la agricultura que es válida en la mayoría de los países y contextos: en comparación con sus homólogos masculinos, las agricultoras de todas las regiones del mundo tienen menos control sobre la tierra y el ganado, hacen un uso mucho menor de las variedades de semillas mejoradas e insumos adquiridos, como los fertilizantes, sus posibilidades de utilizar créditos o seguros o de acceder a servicios de extensión son mucho menores y su nivel de educación es inferior (véase el Capítulo 3).

Pregunta 4: ¿Constituyen las mujeres y las niñas la mayoría de los pobres del mundo?

Respuesta: Normalmente la pobreza se mide tomando como base los ingresos o el consumo de los hogares, y no de los individuos, de forma que no es posible calcular las tasas de pobreza de hombres y mujeres por separado. Las mujeres podrían estar sobrerrepresentadas entre los pobres si los hogares encabezados por mujeres fuesen más pobres que los encabezados por hombres (véase la pregunta 6) o si existiese una discriminación clara de las mujeres en los hogares (véase la pregunta 7). Las mujeres pueden ser más pobres que los hombres si se consideran medidas de pobreza más amplias, como el acceso a los recursos productivos (véase la pregunta 3).

Pregunta 5: ¿Están discriminadas las mujeres en los mercados de trabajo rural?

Respuesta: En la mayoría de los países y según las cifras mundiales, las mujeres

África subsahariana (Figura 1). Las medias regionales de la Figura 1 ocultan amplias variaciones entre los distintos países y en el interior de ellos (véanse los Cuadros A3 y A4 del anexo).

Las mujeres de África subsahariana presentan tasas globales de participación en la fuerza laboral relativamente elevadas

y las tasas medias de participación en la fuerza laboral agrícola más altas del mundo. Las normas culturales de la región han fomentado desde hace mucho tiempo la autosuficiencia económica de las mujeres y han asignado tradicionalmente a estas una responsabilidad importante en la producción agrícola por derecho propio. Los datos

asalariadas en las zonas rurales suelen tener más empleos de temporada, a tiempo parcial o con sueldos más bajos que los hombres y (si se tienen en cuenta la educación, la edad y la industria) las mujeres reciben salarios más bajos por el mismo trabajo (véase el Capítulo 2).

Pregunta 6: ¿Son los hogares encabezados por mujeres los más pobres entre los pobres?

Respuesta: Los datos de 35 encuestas representativas a nivel nacional llevadas a cabo en 20 países analizados por la FAO muestran que los hogares encabezados por mujeres tienen mayor probabilidad de ser pobres que los hogares encabezados por hombres en algunos países, pero lo contrario sucede en otros países, por lo que no es posible generalizar. Las limitaciones de los datos también impiden distinguir sistemáticamente entre hogares encabezados por mujeres solteras, viudas o divorciadas (mujeres que son *de iure* cabeza de hogar) y los que están asociados a un hombre adulto que apoya a la familia a través de remesas y redes sociales (mujeres que son *de facto* cabeza de hogar). Los primeros tienen más probabilidades de ser pobres que los segundos (Anríquez, 2010). También existen datos que sugieren que los hogares rurales encabezados por mujeres fueron más vulnerables que los encabezados por hombres durante la crisis de los precios de los alimentos de 2008, debido a que gastaron en alimentos una mayor proporción de los ingresos de los hogares y porque fueron menos capaces de dar una respuesta a

la situación mediante un incremento de la producción de alimentos (Zezza *et al.*, 2008). Una vez más, los resultados varían en función del país.

Pregunta 7: ¿Es más probable que las mujeres y las niñas estén subnutridas que los hombres y los niños?

Respuesta: Los datos disponibles no permiten responder afirmativamente, y es difícil generalizar. Los datos limitados con que se cuenta sugieren que la afirmación puede ser válida en Asia, pero no así en África. Se necesitan más datos desglosados por sexo, y de mejor calidad, en relación con los indicadores antropométricos y de otro tipo sobre la malnutrición para poder llegar a conclusiones claras. Sin embargo, existen datos que indican que las niñas son mucho más vulnerables a las perturbaciones transitorias de ingresos que los niños (Baird *et al.*, 2007).

Pregunta 8: ¿Son más propensas las mujeres a gastar más en sus hijos que los hombres?

Respuesta: Una grandísima masa de datos recogidos en muchos países de todo el mundo confirma que poner más dinero en manos de las mujeres es beneficioso para la nutrición, la salud y la educación de los hijos. Otras medidas, como la mejora de la educación, que permiten aumentar la influencia de las mujeres en el hogar, también están vinculadas con mejores resultados para los hijos. Existen excepciones, por supuesto, pero el empoderamiento de las mujeres es una estrategia más que probada para mejorar el bienestar de los hijos (véase el Capítulo 4).

regionales para África subsahariana ocultan grandes diferencias entre los países. La proporción de mujeres en la fuerza laboral agrícola oscila entre el 36 % en Côte d'Ivoire y el Níger y más del 60 % en Lesotho, Mozambique y Sierra Leona. En varios países se han producido aumentos sustanciales en la proporción de mujeres en la fuerza laboral

agrícola en las últimas décadas debido a una serie de razones, entre ellas los conflictos, el VIH/SIDA y las migraciones.

Las mujeres de Asia oriental y sudoriental también contribuyen de forma muy sustancial a la fuerza laboral agrícola, casi tanto en promedio como las de África subsahariana. La media regional está

dominada por el valor de China, país en el que la proporción femenina en la fuerza laboral ha aumentado ligeramente desde 1980, hasta alcanzar casi el 48 %. La proporción de mujeres en la fuerza laboral agrícola en la mayoría de los demás países de la región se ha mantenido bastante estable, entre el 40 % y el 50 %, aunque es sustancialmente menor y está disminuyendo en algunos países, como Malasia y Filipinas.

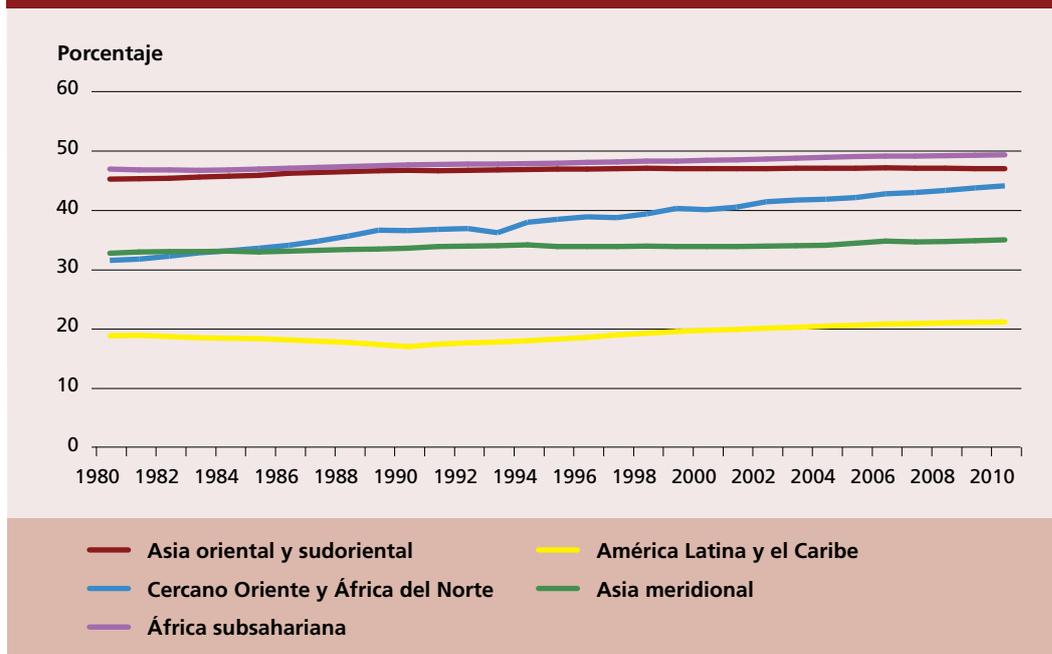
La media de Asia meridional está dominada por el valor de la India, país en el que la proporción de mujeres en la fuerza laboral agrícola se ha mantenido estable ligeramente por encima del 30 %. Esta media esconde cambios en otros países, en los que la proporción femenina en la fuerza laboral ha aumentado enormemente, como en Pakistán, en el que casi se ha triplicado desde 1980, hasta alcanzar el 30 %, y Bangladesh, país en el que en la actualidad las mujeres superan el 50 % de la fuerza laboral agrícola.

La proporción femenina en la fuerza laboral agrícola en el Cercano Oriente y en África del Norte ha aumentado

considerablemente, del 30 % en 1980 a casi el 45 %. Algunas de las proporciones femeninas en la fuerza laboral agrícola con valores más elevados y de más rápido crecimiento corresponden a Jordania, la Jamahiriya Árabe Libia y la República Árabe Siria.

Los países de América Latina presentan proporciones elevadas de participación global de las mujeres en la fuerza laboral, pero su participación en la agricultura es mucho menor que en otras regiones de países en desarrollo. Ello es el reflejo de unos niveles educativos femeninos relativamente altos (véase el Capítulo 4), la diversificación y el crecimiento económicos, así como unas normas culturales que favorecen que las mujeres emigren a las zonas urbanas para trabajar en el sector de servicios. En 2010 las mujeres representan algo más del 20 % de la fuerza laboral agrícola de América Latina, una cifra ligeramente superior a la de 1980. Los países latinoamericanos del Estado Plurinacional de Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y Perú dominan tanto la media como la tendencia al alza, mientras que en muchos países de

FIGURA 1
Proporción de mujeres en la fuerza laboral agrícola



Nota: La proporción de mujeres en la fuerza laboral agrícola se determina calculando el número total de mujeres económicamente activas que se dedican a la agricultura, dividido por el total de la población económicamente activa que se dedica a la agricultura. Los promedios regionales se ponderan en función de la población.

Fuente: FAO, 2010b. Véase el Cuadro A4 del Anexo.

América Central y el Caribe la proporción de las mujeres en la fuerza laboral agrícola ha disminuido.

Aunque en algunos países la recopilación de datos desglosados por sexo ha mejorado en las últimas décadas, algunos analistas han puesto en tela de juicio la validez de las estadísticas sobre la fuerza laboral agrícola como medida del trabajo de la mujer en la agricultura (Beneria, 1981; Deere, 2005).

La participación de las mujeres en la fuerza laboral agrícola puede subestimar la cantidad de trabajo que realizan las mujeres porque estas son menos propensas que los hombres a considerar sus actividades como trabajo y a hacer constar que se dedican a la agricultura, y además trabajan, en promedio, más horas que los hombres, de forma que incluso si hay menos mujeres que participan, estas pueden contribuir más al sector en términos de tiempo total.

Las encuestas sobre el empleo del tiempo tratan de dar cuenta de manera completa de cómo los hombres y las mujeres distribuyen su tiempo³. Por lo general estos estudios no son representativos a nivel nacional y tampoco son directamente comparables, ya que normalmente cubren pequeñas muestras, se centran en diferentes tipos de actividades (no siempre especificadas con claridad) y utilizan métodos distintos. A pesar de ello, las cifras aportadas por diversos estudios sobre el empleo del tiempo por actividad agrícola arrojan algunos datos interesantes, que se resumen a continuación.

Las encuestas sobre el empleo del tiempo que cubren todas las actividades agrícolas (Figura 2) indican la existencia de diferencias considerables entre los países, y en ocasiones dentro de los países, pero los datos son parecidos por lo general a los que ofrecen las estadísticas sobre fuerza laboral mencionados anteriormente. En África se estima que la contribución en términos de tiempo de las mujeres a las

actividades agrícolas oscila entre un 30 % en Gambia y un 60 % a 80 % en diversas partes del Camerún. En Asia se calcula que varía entre un 32 % en la India y más del 50 % en China. El rango es menor en América Latina, pero supera el 30 % en algunas partes del Perú. El estudio sobre la India muestra un sorprendente grado de variación en el seno del país. Mientras que este estudio, representativo a nivel nacional, indica que la proporción media nacional de participación de las mujeres en el total de tiempo dedicado a la agricultura es del 32 %, la participación oscila entre menos del 10 % en Bengala occidental y más del 40 % en Rajastán.

Estos estudios también revelan que el empleo del tiempo de las mujeres en la agricultura varía ampliamente en función del cultivo y la fase del ciclo de producción, la edad y el grupo étnico de las mujeres de que se trate, el tipo de actividad y una serie de otros factores (Figura 3). La siembra es una actividad predominantemente femenina, pero las mujeres suelen estar implicadas en alguna medida en todas las actividades, excepto en la labranza.

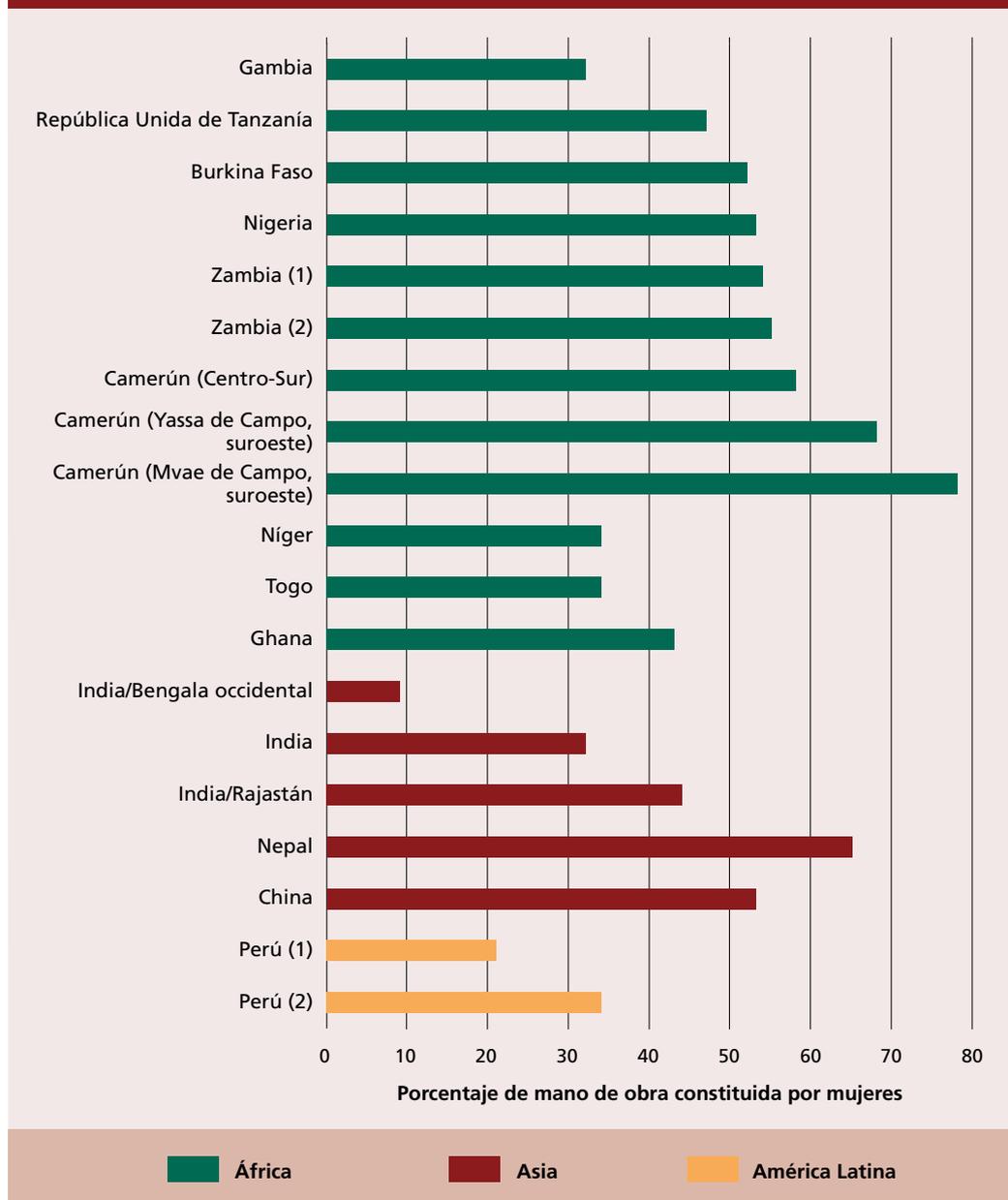
Diversos estudios realizados en Indonesia ponen de manifiesto que las mujeres dedican más tiempo a la producción de arroz de secano que a la de arroz acuático y más tiempo a la gestión de cultivos de plantaciones jóvenes, tales como la canela y el caucho, en lugar de los mismos cultivos en su madurez. Como ya se señaló anteriormente, los datos correspondientes a la India ocultan amplias variaciones entre Bengala occidental y Rajastán, pero en ambas áreas la contribución de las mujeres más jóvenes al tiempo total dedicado a la agricultura por su grupo de edad es, en proporción, superior a la de las mujeres mayores en los suyos. En Rajastán, por ejemplo, las chicas de edades comprendidas entre 14 y 19 años aportan hasta un 60 % del tiempo total dedicado a la agricultura por su grupo de edad (Jain, 1996). En Perú y Zambia se realizaron estudios por separado en cada caso, en los que las diferencias reflejan distintos periodos de tiempo y lugares dentro de los países.

Los estudios sobre el empleo del tiempo permiten realizar un análisis profundo de lo que los hombres y las mujeres hacen en la agricultura y de cómo sus funciones

³ Se estima generalmente que las mujeres realizan del 60% al 80% del trabajo agrícola en los países en desarrollo (UNECA, 1972; Banco Mundial, FAO y FIDA, 2009). Los resultados de las encuestas sobre empleo del tiempo y las estadísticas sobre fuerza laboral agrícola no confirman esta afirmación general, si bien las mujeres constituyen más del 60% de la población activa agrícola en algunos países.

FIGURA 2

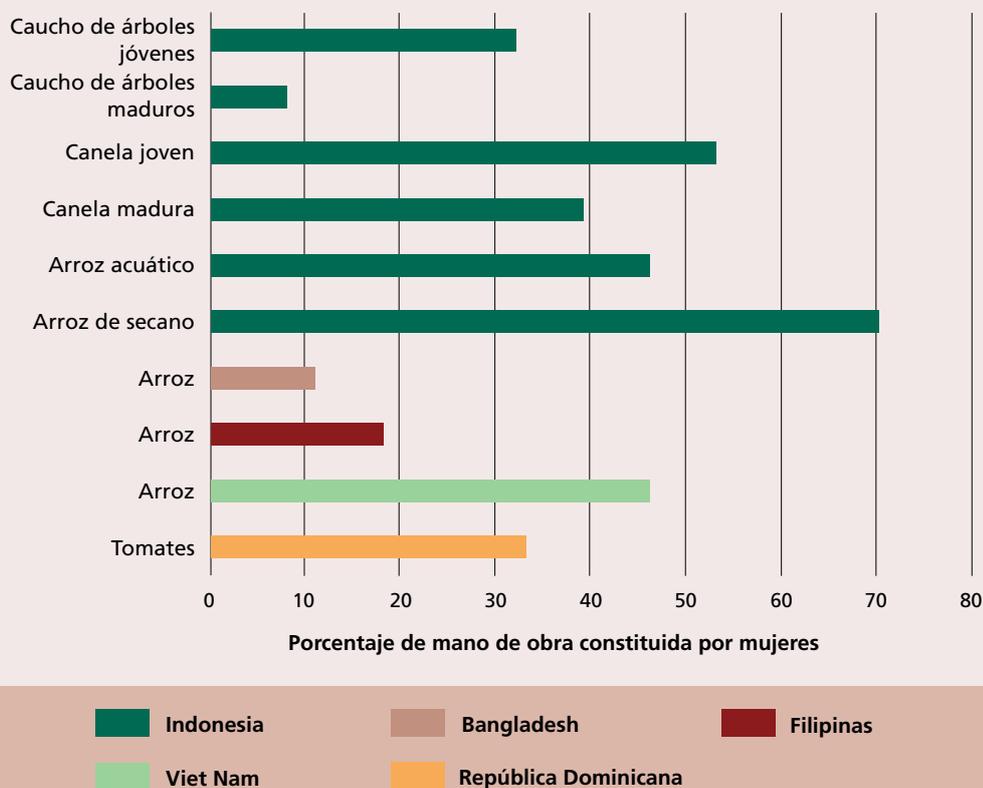
Proporción de la mano de obra constituida por mujeres en todas las actividades agrícolas



Nota: Solo la encuesta para la India es representativa a nivel nacional.

Fuentes (de arriba a abajo): Gambia: von Braun y Webb, 1989; República Unida de Tanzania: Fontana y Natali, 2008; Burkina Faso: Saito, Mekonnen y Spurling, 1994; Nigeria: Rahji y Falusi, 2005; Zambia (1): Saito, Mekonnen y Spurling, 1994; Zambia (2): Kumar, 1994; Camerún, Centro-Sur: Leplaideur, 1978, citado por Charmes, 2006; Camerún (Yassa de Campo, suroeste): Charmes, 2006, basado en Pasquet y Koppert, 1993 y 1996; Camerún (Mvae de Campo, suroeste): Charmes, 2006, basado en Pasquet y Koppert, 1993 y 1996; Níger: Baanante Thompson, y Acheampong, 1999; Togo: Baanante Thompson, y Acheampong, 1999; Ghana, Thompson Baananate y Acheampong, 1999; India (Bengala Occidental): Jain, 1996; India: Singh y Sengupta, 2009; India (Rajastán): Jain, 1996; Nepal: Joshi, 2000; China: de Brauw *et al.*, 2008; Perú (1) Deere, 1982; Perú (2): Jacoby, 1992.

FIGURA 3
Proporción de la mano de obra constituida por mujeres para determinados cultivos



Fuentes (de arriba a abajo): Indonesia (caucho de árboles jóvenes): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Indonesia (caucho de árboles maduros): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Indonesia (canela joven): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Indonesia (canela madura): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Indonesia (arroz acuático): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Indonesia (arroz de secano): Quisumbing y Otsuka, 2001a; Bangladesh: Thompson y Sanabria, 2010; Filipinas: Estudillo, Quisumbing, Otsuka 2001; Viet Nam: París y Chi, 2005; República Dominicana: Raynolds, 2002.

pueden variar según los cultivos, el lugar, la estructura administrativa, la edad y el grupo étnico. Ofrecen información pertinente para las políticas sobre dónde, cuándo y cómo orientar las intervenciones dirigidas a las mujeres y la forma de incorporar de manera constructiva a los hombres al proceso. Teniendo en cuenta la variación en los roles por razón de género en la agricultura, no resulta adecuado extrapolar el uso del tiempo de una región a otra. Los estudios que tengan en cuenta los roles por razón de género en su contexto geográfico y cultural específico pueden proporcionar una orientación práctica para los responsables de las políticas y los profesionales que participan en las inversiones en tecnología, los servicios de extensión, las actividades postcosecha y las intervenciones en materia de comercialización.

En cambio, una generalización válida es que las mujeres suelen dedicar tiempo a la preparación de alimentos, el cuidado infantil y otras responsabilidades del hogar, que vienen a añadirse al tiempo que dedican a la agricultura (véase el Recuadro 3). En la mayoría de las sociedades, las responsabilidades domésticas se reparten por razón de género, aunque estas normas difieren con el tiempo y según la cultura. En función de la estructura de los hogares y su tamaño, estas tareas pueden exigir mucha dedicación. En todas las regiones, los estudios sobre asignación del tiempo han demostrado que las mujeres trabajan mucho más que los hombres, si en los cálculos se incluye el cuidado ajeno (Ilahi, 2000). La acumulación de compromisos implica a menudo que las mujeres disponen de menos tiempo que los hombres (Blackden y Wodon, 2006).

RECUADRO 3

Las mujeres y las responsabilidades domésticas no remuneradas

Las mujeres son las principales responsables de las actividades domésticas y la crianza de los hijos en la mayoría de las sociedades, a pesar de que las normas difieren según la cultura y cambian con el tiempo. Según las encuestas sobre el empleo del tiempo realizadas en una amplia gama de países, entre el 85 % y el 90 % del tiempo dedicado a la preparación doméstica de comidas corre a cargo de las mujeres, que también se encargan habitualmente del cuidado de los hijos, además de realizar otras tareas domésticas. La carga que supone la combinación del tiempo dedicado a las tareas del hogar y al trabajo agrícola es especialmente pesada en el caso de las mujeres en África (Ilahi, 2000).

Las mujeres de Ghana soportan una carga mucho más pesada en las tareas del hogar, a pesar de trabajar fuera de casa casi tanto como los hombres (Brown, 1994). En Uganda, las mujeres refieren que el tiempo que pasan al cuidado de sus familias, trabajando en los jardines de sus maridos y en la producción de alimentos para sus hogares son las razones que explican su incapacidad para aumentar la producción destinada al mercado (Ellis, Manuel y Blackden, 2006). Las mujeres y niñas de Ghana, la República Unida de Tanzania y Zambia se encargan de aproximadamente el 65 % de todas las actividades de transporte en los hogares rurales, tales como la recogida de leña y agua o el transporte del grano hasta el molino (Malmberg-Calvo, 1994).

Debido a la asignación de tareas por género, cualquier cambio que afecte a la familia o el medio ambiente puede tener implicaciones diferentes para los hombres y las mujeres. El HIV/SIDA, por ejemplo, ha provocado un aumento significativo del tiempo necesario para cuidar a los familiares enfermos y los niños huérfanos de otros familiares (Addati y Cassirer, 2008). La deforestación obliga a las mujeres a recorrer distancias cada vez mayores desde la casa hasta el lugar en que recogen la leña (Kumar y Hotchkiss, 1988; Nankhuni, 2004).

Debido a las infraestructuras deficientes y la disponibilidad limitada de servicios públicos las mujeres de las zonas rurales de Tanzania deben dedicar muchas horas a la recogida de agua y combustible, la preparación de alimentos y otras actividades relacionadas con la casa y el cuidado de los hijos. La mejora de las infraestructuras públicas para la recogida de agua y combustible así como la preparación de alimentos (por ejemplo, las instalaciones de molienda de grano) podría liberar a las mujeres de la República Unida de Tanzania de una carga que representa 8 000 millones de horas de trabajo no remunerado al año, lo que equivale, en horas, a 4,6 millones de empleos a tiempo completo. Estas mismas mejoras ahorrarían tiempo también a los hombres, pero menos: equivaldrían, en tiempo, a 200 000 empleos a tiempo completo (Fontana y Natali, 2008).

Las mujeres en la nueva agricultura por contrato⁴

Una característica notable de las cadenas de valor agrícolas modernas es el crecimiento de la agricultura por contrato y los sistemas de subcontratación de productos de valor elevado, con los que las empresas de elaboración de productos agrícolas a gran escala pretenden garantizar un suministro

estable de productos de calidad. Dichos sistemas pueden ayudar a los pequeños agricultores y ganaderos a superar las barreras técnicas y los costos de transacción que se derivan del cumplimiento de las exigencias cada vez mayores de los consumidores urbanos en los mercados nacionales e internacionales.

No obstante, todo indica que las agricultoras quedan en gran medida al margen de estos sistemas modernos de agricultura por contrato, porque carecen

⁴ El material de esta sección se basa en Maertens y Swinnen (2009).

de un control seguro sobre la tierra, de mano de obra familiar y de otros recursos necesarios para poder garantizar un flujo de producción fiable. Por ejemplo, las mujeres representan menos del 10 % de los agricultores que participan en los sistemas de agricultura por contrato en pequeña escala en el sector de la fruta fresca y las hortalizas de exportación en Kenya (Dolan, 2001) y solo uno de una muestra de 59 agricultores contratados en Senegal para producir judías con hilo para el sector de la exportación era de sexo femenino (Maertens y Swinnen, 2009).

Sin embargo, mientras que los hombres controlan los contratos, gran parte del trabajo agrícola que se realiza en las parcelas contratadas lo llevan a cabo las mujeres en tanto que mano de obra familiar. Por ejemplo, en el 70 % de los casos en la agricultura azucarera por contrato en Sudáfrica, el productor principal de las parcelas de caña de azúcar es una mujer (Porter y Philips-Horward, 1997). Las mujeres trabajan más horas que los hombres en los sistemas de producción agrícola de hortalizas por contrato en el Punjab indio, los cuales se encuentran bajo el control de agricultores varones (Singh, 2003). En un gran sistema de agricultura por contrato en el que participan miles de agricultores en China, las mujeres, a quienes no se permite firmar los contratos, realizan la mayor parte del trabajo relacionado con la agricultura por contrato (Eaton y Shepherd, 2001). Las mujeres pueden no recibir una buena compensación por su trabajo familiar no remunerado en los sistemas de agricultura por contrato (Maertens y Swinnen, 2009).

Los datos disponibles no permiten concluir si la agricultura por contrato hace aumentar los ingresos generales del hogar o si genera conflictos entre la producción de cultivos comerciales y cultivos alimentarios. Por ejemplo, Dolan (2001) sostiene que el crecimiento de las cadenas de valor elevado en el sector hortícola ha sido perjudicial para las mujeres rurales en Kenya debido a que los hombres, con el fin de exportar la producción de hortalizas por contrato, se han apropiado de los recursos tanto de tierras como de mano de obra que tradicionalmente utilizaban las mujeres para cultivar hortalizas para el consumo doméstico y su venta en los mercados locales. Por otra

parte, aunque sus resultados no tienen en cuenta consideraciones de género, Minten, Randrianarison y Swinnen (2009) observaron que la producción agrícola de hortalizas de valor elevado por contrato en Madagascar conducía a mejorar la productividad del cultivo de alimentos (arroz) mediante externalidades tecnológicas, con lo cual se mejoraba la disponibilidad de alimentos en los hogares y se acortaba el período de escasez o “estación del hambre”. Maertens y Swinnen (2009) no encontraron indicios de conflictos de género en relación con los recursos en el sector de la exportación de la judía con hilo en Senegal, porque los hogares solo destinan parte de sus tierras y mano de obra de que disponen a la producción de la judía con hilo, que tiene lugar fuera de temporada y no coincide con la temporada de lluvias principal, cuando se cultivan los alimentos básicos y otros productos de subsistencia.

Las mujeres como criadoras de ganado⁵

En los sistemas pastoriles y agropecuarios mixtos, la ganadería desempeña un papel importante en el apoyo a las mujeres y en la mejora de su situación económica; en dichos sistemas, las mujeres están fuertemente implicadas en el sector. Se estima que dos tercios de los criadores pobres de ganado, que suman aproximadamente 400 millones de personas, son mujeres (Thornton *et al.*, 2002). Comparten la responsabilidad del cuidado de los animales con los hombres y los niños, y algunas especies y actividades concretas están más asociadas a las mujeres que a los hombres. Por ejemplo, las mujeres suelen tener un papel destacado en la gestión de la crianza de las aves de corral (FAO, 1998; Guèye, 2000; Tung, 2005) y los animales productores de leche (Okali y Mims, 1998; Tangka, Jabbar y Shapio, 2000) así como en el cuidado de otros animales que viven y se alimentan en la propia vivienda familiar. Cuando las tareas se dividen, los hombres se suelen ocupar más de la construcción de la vivienda y el pastoreo, así como de la comercialización de los productos cuando

⁵ La preparación del material de esta sección corrió a cargo de la División de Producción y Sanidad Animal, del Departamento de Agricultura y Protección del Consumidor de la FAO.

la movilidad de las mujeres es limitada. Las mujeres también desempeñan un papel importante en la utilización de la leche, los huevos y la carne de las aves de corral para el consumo doméstico y a menudo controlan la comercialización de dichos productos y los ingresos que generan. Tal vez por esta razón se ha invertido a menudo en proyectos de fomento de la avicultura y el sector lácteo en pequeña escala destinados a mejorar la situación de las mujeres rurales. En algunos países, la producción porcina en pequeña escala también está dominada por las mujeres. Los hogares encabezados por mujeres tienen el mismo éxito que los encabezados por hombres en cuanto a los ingresos que generan sus animales, aunque es frecuente que posean un menor número de animales, probablemente debido a limitaciones del trabajo. La propiedad del ganado es un aspecto especialmente atractivo para las mujeres en las sociedades donde solo los hombres gozan del acceso a la tierra (Bravo-Baumann, 2000).

Mientras que se reconoce ampliamente el papel de la mujer en la producción ganadera en pequeña escala, está mucho menos documentada su participación en la producción intensiva y las cadenas de mercado asociadas a las grandes empresas comerciales. La demanda de productos pecuarios, estimulada por unos mayores ingresos, ha crecido mucho más rápidamente que la demanda de productos de cultivos básicos durante los últimos 40 años, especialmente en Asia y América Latina, y se prevé que se mantenga esta tendencia. Mientras que los sistemas de pastoreo y agropecuarios en pequeña escala siguen siendo importantes para satisfacer las necesidades de los consumidores rurales, las demandas de las poblaciones urbanas en continuo crecimiento vienen satisfechas cada vez más con carne, leche y huevos procedentes de sistemas comerciales intensivos. Ello incide en la participación de las mujeres en el sector ganadero debido a los diferentes papeles, responsabilidades y acceso a los recursos que se observan en las distintas fases del sistema de producción y en distintos puntos de la cadena de producción y comercialización.

Los datos disponibles sugieren que el papel de la mujer en la satisfacción de estas demandas cambiantes podría disminuir

por dos razones. La primera es que cuando crecen las empresas ganaderas, el control sobre las decisiones y los ingresos, y a veces sobre toda la empresa, suele pasar a manos de los hombres. No se trata de un fenómeno universal —por ejemplo, en Viet Nam la gestión de muchas medianas empresas de cría de patos está en manos de mujeres—, pero es frecuente y puede explicarse por las limitaciones de acceso a la tierra y el crédito que tienen las mujeres. El segundo factor importante es que todas las pequeñas explotaciones agrícolas tienen que hacer frente a ciertos desafíos cuando se intensifica y concentra el sector ganadero y muchas quiebran. La situación es particularmente llamativa en el caso de los propietarios de cerdos y aves de corral (Rola *et al.*, 2006), pero no se limita a esas especies. Dada la capacidad más limitada de las mujeres para crear sus propias empresas, tienen tendencia a convertirse en empleadas y no a trabajar por cuenta propia. En las actividades especializadas, tales como la producción de pollos de un día, y en el sacrificio, la transformación y la venta al por menor de animales, las mujeres están muy presentes cuando se trata de trabajos semicualificados y minuciosos, pero se ha investigado muy poco el alcance de su participación en comparación con la de los hombres, o acerca del control que ejercen sobre los recursos.

Las mujeres en la pesca y la acuicultura⁶

En 2008, en el sector primario de la pesca trabajaban directamente casi 45 millones de personas en todo el mundo, ya sea a tiempo completo o parcial⁷. Además, se estima que 135 millones de personas trabajan en el sector secundario, en el que se incluyen las actividades postcaptura. Si bien no se dispone de datos completos desglosados por sexo, estudios de caso apuntan a que las mujeres podrían ocupar hasta un 30 % del total de puestos de trabajo en el sector de la pesca, incluidas las actividades primarias y secundarias.

⁶ La preparación del material de esta sección corrió a cargo del Departamento de Pesca y Acuicultura de la FAO.

⁷ El Departamento de Pesca y Acuicultura de la FAO recopila periódicamente estadísticas de empleo en la pesca y la acuicultura relacionadas con el sector primario únicamente. Por tanto, los datos excluyen las actividades postcaptura.

De acuerdo con la información recibida por la FAO de 86 países, 5,4 millones de mujeres trabajaban en 2008 como pescadoras y acuicultoras en el sector primario. Esta cifra supone el 12 % del total. En dos de los principales países productores, China y la India, las mujeres representaban el 21 % y el 24 %, respectivamente, de todos los pescadores y acuicultores.

Es poco frecuente que las mujeres participen en la pesca comercial de captura de altura y de larga distancia debido al trabajo rudo que supone, pero también por sus responsabilidades domésticas o las normas sociales, o ambas cosas. Por regla general las mujeres desempeñan empleos en la pesca de subsistencia y comercial en embarcaciones pequeñas y canoas en aguas costeras o continentales. Las mujeres también contribuyen como empresarias y proporcionan mano de obra antes, durante y después de la captura, tanto en la pesca artesanal como la comercial. Por ejemplo, en el África occidental las llamadas "Fish Mamas" tienen un papel importante: normalmente disponen de capital propio y están directa y activamente involucradas en la coordinación de la cadena de la pesca, desde la producción hasta la venta del pescado.

Los estudios sobre mujeres en la acuicultura, especialmente en Asia, donde este sector tiene una larga tradición, indican que la contribución de las mujeres que trabajan en él suele ser mayor que la de los hombres, aunque prácticamente no existen datos a nivel macroeconómico desglosados por sexo sobre este tema. Según los datos correspondientes, las mujeres constituyen el 33 % de la fuerza laboral en la acuicultura rural en China, el 42 % en Indonesia y el 80 % en Viet Nam (Kusabe y Kelker, 2001).

El papel más destacado de las mujeres en la pesca artesanal e industrial se sitúa en las fases de elaboración y comercialización, en las que son muy activas en todas las regiones. En algunos países, las mujeres se han convertido en empresarias importantes en la elaboración del pescado y, de hecho, la mayor parte de esta actividad la llevan a cabo mujeres, ya sea en sus propias industrias familiares o como trabajadoras asalariadas en la industria de elaboración a gran escala.

Las mujeres en las actividades forestales

Las mujeres contribuyen de muchas maneras al sector forestal tanto formal como informal. Desempeñan papeles importantes en las actividades agroforestales, la ordenación de cuencas hidrográficas, la mejora de los árboles y la protección y conservación forestales. Los bosques también suelen representar una fuente importante de empleo para las mujeres, especialmente en las zonas rurales. De los viveros a las plantaciones y de la explotación forestal a la elaboración maderera, las mujeres constituyen una proporción notable de la fuerza laboral en las industrias forestales en todo el mundo. Sin embargo, aunque las mujeres contribuyen sustancialmente al sector, sus funciones no están plenamente reconocidas y documentadas, sus salarios no son iguales a los de los hombres y sus condiciones de trabajo tienden a ser deficientes (Banco Mundial, FAO y FIDA, 2009).

Según la *Evaluación de los recursos forestales mundiales 2010*, el sector forestal mundial empleaba aproximadamente a 11 millones de personas en 2005. Sin embargo, no se dispone de datos globales desglosados por sexo sobre el número de mujeres que trabajan en él (FAO, 2010c). Los datos de los países en desarrollo sugieren que las mujeres realizan a menudo trabajos menores en aserraderos, viveros y campamentos de saca de madera (Banco Mundial, FAO y FIDA, 2009). Los estudios realizados por la FAO en África y Europa indican que las mujeres no ocupan puestos de categoría superior o en órganos decisorios del sector. Principalmente ejercen más bien tareas administrativas y de apoyo, y las profesionales del sector suelen desempeñar funciones especializadas (por ejemplo, en la investigación) u ocupar los puestos de gestión más bajos en primera línea. Existe poca información sobre el número y las funciones de las mujeres en el trabajo forestal a destajo o por cuenta propia (FAO, 2006a, 2007). Los estudios indican que aunque las mujeres siguen estando infra representadas en la industria, empiezan a darse ejemplos de buenas prácticas, especialmente en Europa (FAO 2006a), lo cual demuestra que un compromiso y una planificación concertados y sostenidos a un alto nivel administrativo pueden dar lugar a mejoras cuantificables en el número de mujeres profesionales empleadas en el sector y la posición que puedan llegar a ocupar.

Las mujeres en los mercados de trabajo rural

En los países en desarrollo están empleados alrededor del 70 % de los hombres y el 40 % de las mujeres (Figura 4A). Las tasas de empleo masculino van desde más del 60 % en el Cercano Oriente y África del Norte hasta casi el 80 % en el África subsahariana. Las tasas de empleo femenino varían todavía más

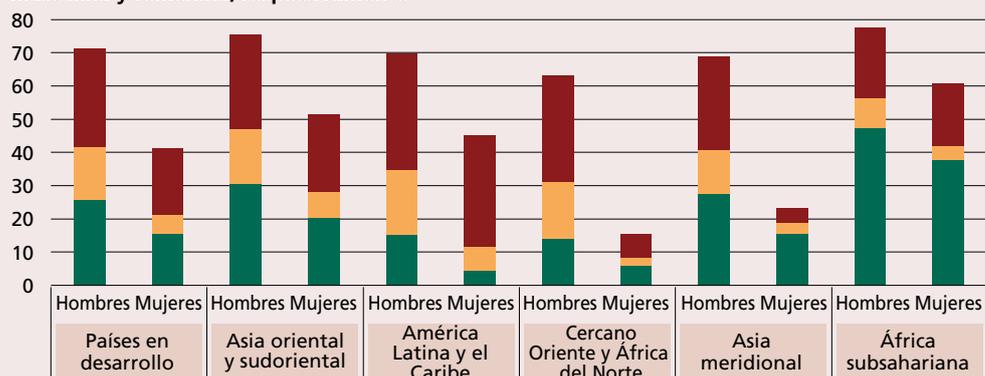
según las regiones, entre alrededor del 15 % en el Cercano Oriente y África del Norte y más del 60 % en el África subsahariana.

En Asia y el África subsahariana, las mujeres que están empleadas tienen mayor probabilidad de trabajar en la agricultura que en los demás sectores (Figura 4B). Casi el 70 % de las mujeres empleadas en Asia meridional y más del 60 % de las mujeres empleadas en el África subsahariana trabajan en la agricultura. Además, en la mayoría de las regiones de países

FIGURA 4
Empleo por sector

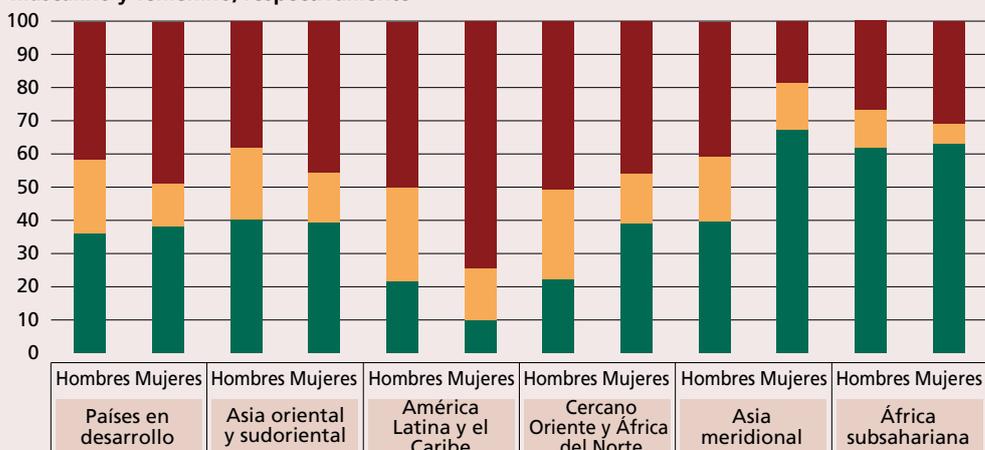
A - Población empleada como porcentaje de la población adulta total, por sexo y sector

Porcentaje de la población total masculina y femenina, respectivamente



B - Distribución del empleo masculino y femenino, por sector

Porcentaje del empleo masculino y femenino, respectivamente

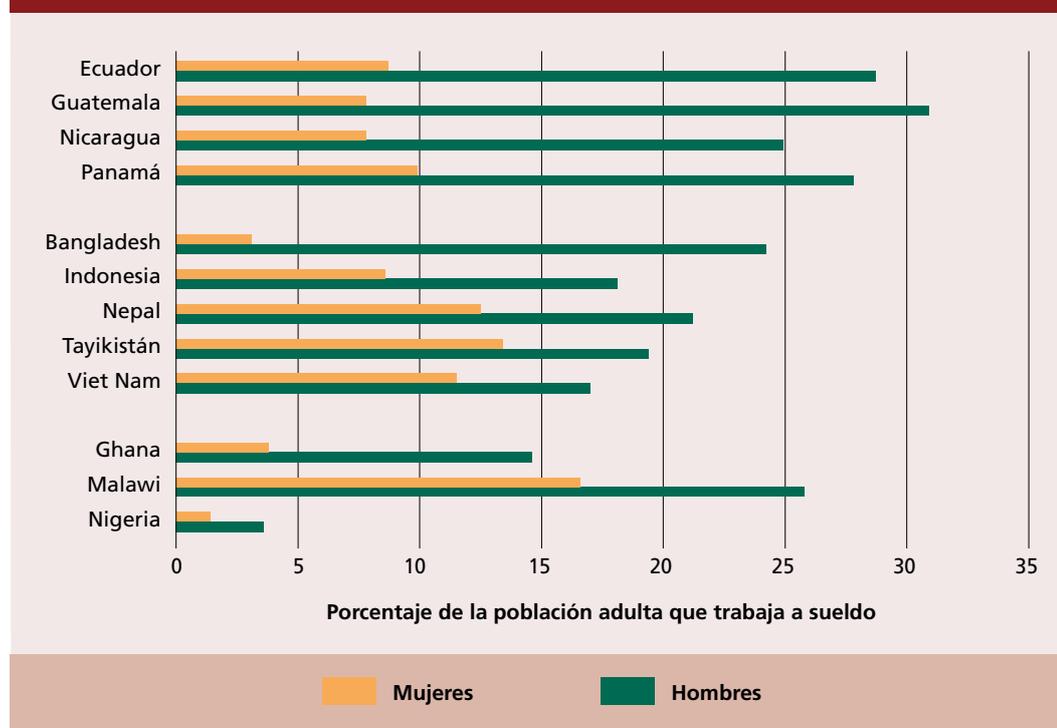


■ Agricultura ■ Industria ■ Servicios

Nota: Los datos cubren solo una parte de los países de cada región. Las definiciones de fuerza laboral adulta varían según el país, pero por lo general se refieren a la población de 15 o más años.

Fuente: OIT, 2009.

FIGURA 5
Participación en el empleo rural a sueldo, por sexo



Fuentes: FAO, 2010d, y Anríquez, 2010.

en desarrollo, las mujeres que están empleadas tienen la misma probabilidad, o incluso mayor, que los hombres de trabajar en la agricultura. La principal excepción es América Latina, donde la agricultura es una fuente relativamente pequeña de empleo femenino y la probabilidad de que las mujeres trabajen en el sector es menor que la de los hombres.

En la mayoría de los países en desarrollo, una proporción relativamente pequeña de la población trabaja a sueldo, y las mujeres con menos frecuencia que los hombres (Banco Mundial, 2007a). En las zonas rurales, los datos recogidos por el proyecto Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA) muestran la amplitud de la brecha de género en el empleo asalariado formal e informal (Figura 5)⁸. Por ejemplo, casi el 15 % de los hombres, pero menos de 4 % de las mujeres

son trabajadores asalariados en Ghana. La diferencia es todavía mayor en algunos otros países, como Bangladesh, donde el 24 % de los hombres rurales y solo el 3 % de las mujeres rurales son asalariados. La situación en América Latina es similar; por ejemplo, en Ecuador casi el 30 % de los hombres rurales y solo el 9 % de las mujeres rurales reciben un salario.

Incluso cuando las mujeres rurales tienen un empleo asalariado, es más probable que este sea a tiempo parcial, estacional o mal remunerado, o todo al mismo tiempo. En Malawi, por ejemplo, el 90 % de las mujeres y el 66 % de los hombres trabajan a tiempo parcial (Figura 6A). En Nepal, el 70 % de las mujeres y el 45 % de los hombres trabajan a tiempo parcial. Esta tendencia es menos pronunciada en América Latina que en otras regiones.

El empleo asalariado rural se caracteriza por una alta prevalencia de puestos de trabajo estacionales tanto para los hombres como para las mujeres, pero en la mayoría de los países es más frecuente que sea así en el caso de las mujeres (Figura 6B). Por ejemplo, en Ecuador, casi el 50 % de las mujeres, pero menos del 40 % de los hombres, desempeñan trabajos estacionales.

⁸ Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA) es un proyecto de la FAO que ha dado lugar a una base de datos que permite hacer comparaciones por países sobre fuentes de ingresos de los hogares rurales a partir de encuestas ya existentes sobre los niveles de vida de los hogares en más de 27 países (FAO, 2010d). La mayoría de las encuestas utilizadas por el proyecto RIGA fueron llevadas a cabo por las oficinas nacionales de estadística, en colaboración con el Banco Mundial, como parte de su Estudio sobre la medición de los niveles de vida.

Análogamente, las mujeres rurales asalariadas tienen mayor probabilidad que los hombres de realizar trabajos remunerados con salarios bajos (Figura 6C), entendiéndose por estos los que son inferiores al salario medio agrícola. En Malawi, más del 60 % de las mujeres tienen empleos con salarios bajos, mientras que en el caso de los hombres esta cifra es inferior al 40 %. La diferencia es aún mayor en Bangladesh, donde el 80 % de las mujeres y el 40 % de los hombres tienen empleos con una remuneración baja. La única excepción a esta tendencia es Panamá.

Las diferencias entre las tendencias en materia de empleo y salarios entre hombres y mujeres pueden deberse a diversas razones. Dado que en muchos países las mujeres tienen un nivel educativo inferior y una experiencia laboral menor que la población masculina, pueden recibir sueldos más bajos. Además, esas dos características tienen también menor poder de negociación, de forma que las mujeres tienden más a aceptar salarios bajos y condiciones de trabajo irregulares (Kantor, 2008). Los datos proporcionados por diversos estudios confirman que, por término medio, las mujeres reciben salarios más bajos que los hombres, a igualdad de puestos de trabajo y con niveles educativos y experiencias comparables (Ahmed y Maitra, 2010; Fontana, 2009). Al mismo tiempo, como las mujeres han de hacer frente a limitaciones de tiempo considerables debido a sus obligaciones familiares, pueden preferir trabajar a tiempo parcial o desempeñar trabajos estacionales que suelen estar peor pagados. Las normas sociales que circunscriben a las mujeres a determinados sectores o fases de la cadena de producción pueden recortar aún más sus posibilidades de crecimiento profesional y consolidar el bajo nivel de los salarios y empleos en esos sectores.

El salario medio de los hombres es superior al de las mujeres en las zonas rurales y urbanas de los países para los que el proyecto RIGA dispone de datos (Figura 7). Por ejemplo, en Ghana los salarios de los hombres son un 31 % más elevados que los de las mujeres en las zonas urbanas y un 58 % mayores en las zonas rurales. Las mujeres ganan menos que los hombres en todas partes, excepto en las zonas rurales de Panamá. La diferencia

entre los salarios masculinos y femeninos es más amplia en las zonas rurales de algunos países, pero no en todas partes. En la mayoría de los países contemplados en el proyecto RIGA, las mujeres suelen ganar menos que los hombres a igualdad de cualificaciones, en parte como consecuencia de la discriminación y la segregación ocupacionales (Hertz *et al.*, 2009).

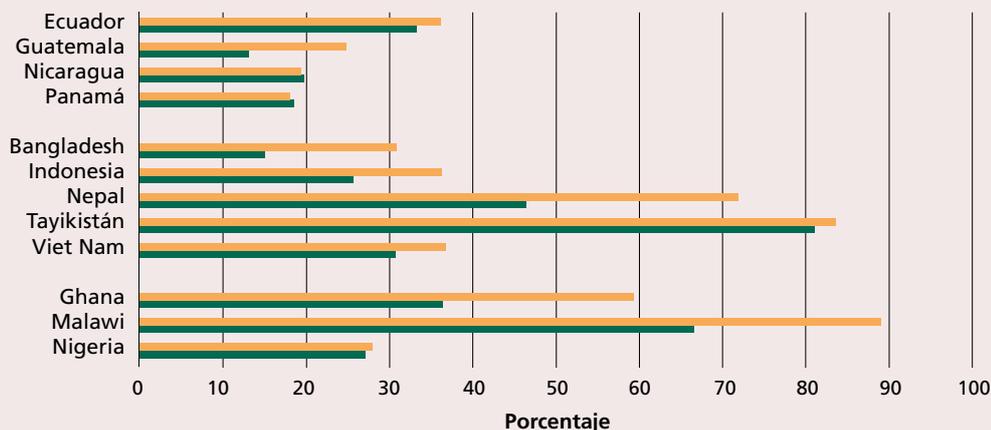
Si bien las mujeres siguen enfrentándose a la discriminación y la segregación ocupacionales en los mercados de trabajo rural, las nuevas formas de organización en las cadenas de producción para los cultivos destinados a la exportación y la elaboración de productos agrícolas han creado oportunidades de empleo mejor remunerado para las mujeres como nunca había habido anteriormente. Generalmente, los salarios son más elevados y las condiciones de trabajo mejores que en la agricultura tradicional. La incorporación a gran escala de las mujeres en la fase de envasado de la producción agrícola no tradicional destinada a la exportación puede ser una de las novedades más importantes para el empleo femenino en las últimas décadas (Deere, 2005).

Está claro que las mujeres constituyen una parte importante de la fuerza laboral agrícola, pero la agricultura y las cadenas de valor agrícolas son igualmente importantes para las mujeres como fuente de empleo. Las cadenas comerciales de valor de los productos de valor elevado, tales como las frutas frescas, las hortalizas, las flores y los productos pecuarios están creciendo rápidamente para poder abastecer a los supermercados urbanos y los mercados de exportación. El crecimiento de las cadenas de valor modernas y la transformación estructural más general del sector agrícola en muchos países en desarrollo tienen importantes consecuencias para el empleo femenino, pero las repercusiones de estas tendencias para la mujer se han analizado relativamente poco (Maertens y Swinnen, 2009).

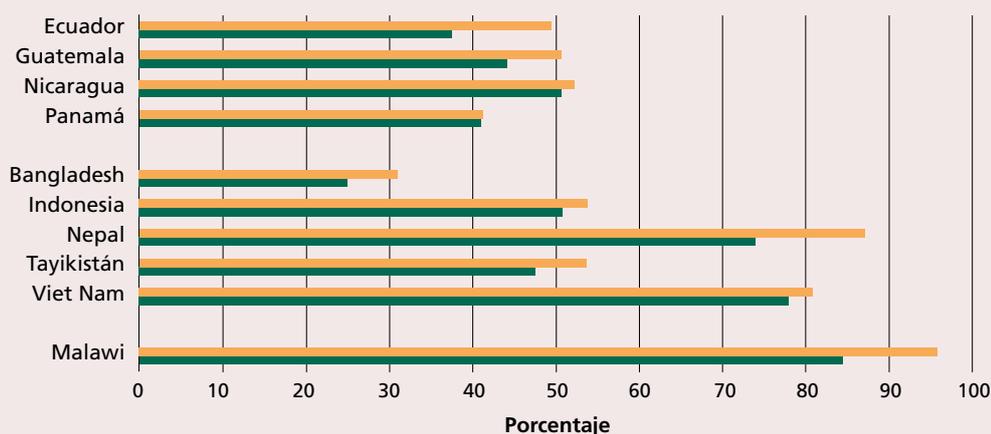
Las mujeres son mayoritarias entre los trabajadores de muchas de las cadenas de productos básicos agrícolas de valor elevado en África y América Latina (Cuadro 1). A pesar de que los nuevos puestos de trabajo en las agroindustrias orientadas hacia la

FIGURA 6
Condiciones de empleo en el trabajo rural a sueldo, por sexo

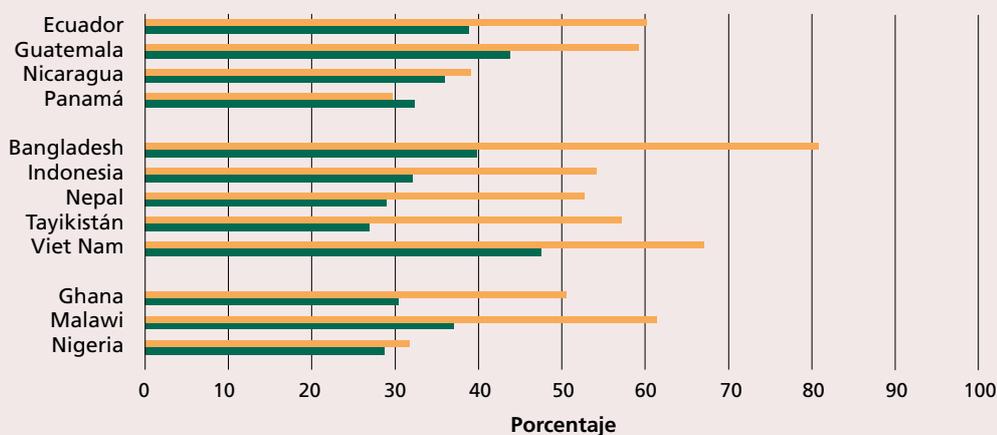
A - Prevalencia del trabajo a tiempo parcial



B - Prevalencia del trabajo de temporada¹



C - Prevalencia del trabajo con salarios bajos



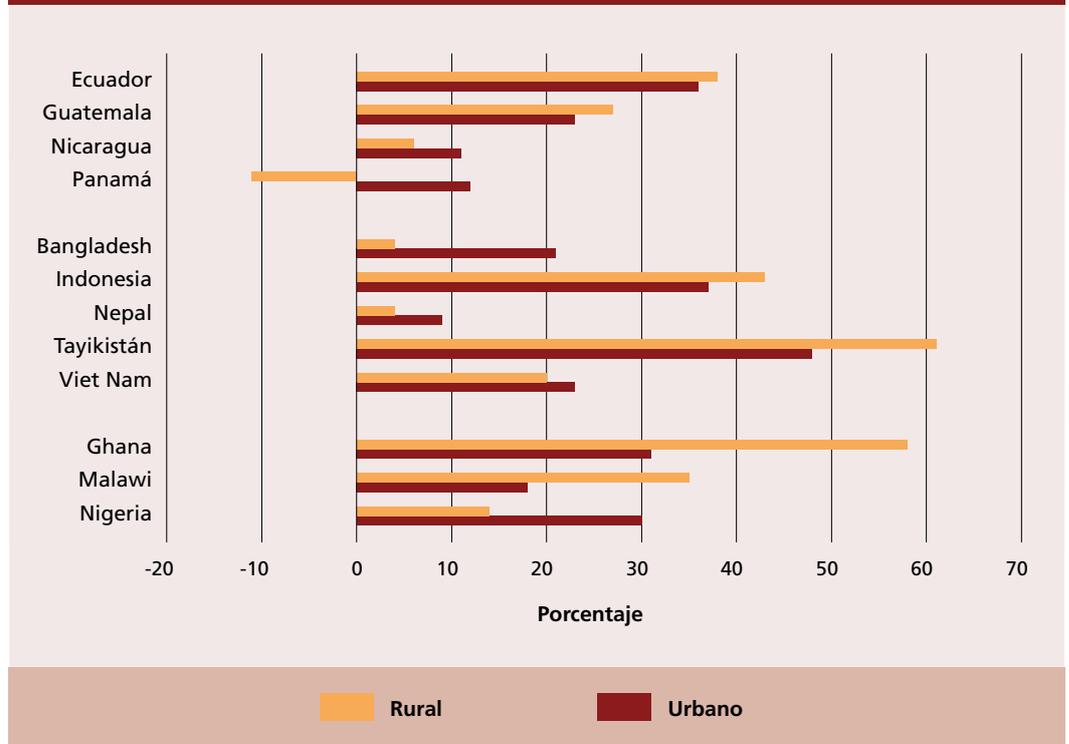
Mujeres Hombres

¹ No se dispone de datos para Ghana y Nigeria.

Fuente: FAO, 2010d.

FIGURA 7

Brecha salarial entre hombres y mujeres en las zonas urbanas y rurales



Nota: La brecha salarial se determina calculando la diferencia entre el jornal medio de hombres y mujeres como porcentaje del salario medio masculino. Una brecha salarial positiva significa que los hombres ganan más que las mujeres. La brecha salarial rural incluye el empleo agrícola y de otro tipo.

Fuente: Hertz et al. 2009.

exportación pueden no emplear a hombres y mujeres en igualdad de condiciones, a menudo ofrecen mejores oportunidades a las mujeres que las existentes en la agricultura tradicional y pueden ser asimismo instrumentos de cambio, con consecuencias positivas para las mujeres y el desarrollo rural (Maertens y Swinnen, 2009; Deere, 2005).

La industria floral en América Latina representa un caso interesante, en el que se dan puntos de vista divergentes. En Colombia, por ejemplo, Friedemann-Sánchez (2006) señala que el 64 % de la mano de obra que se dedica directamente al cultivo de flores recién cortadas para la exportación son mujeres y considera cualificado este tipo de trabajo agroindustrial, mientras que otros autores estiman que no lo es (por ejemplo, Meier, 1999). Si bien las mujeres desempeñan trabajos de supervisión entre los directamente relacionados con las actividades de cultivo, su proporción

en los puestos profesionales o de gestión es mucho menor que en otros ámbitos del sector (Friedemann-Sánchez, 2006). Del mismo modo, según Fontana (2003), en los sectores que producen principalmente para el mercado de exportación, las mujeres tienden a ser sustituidas por hombres a medida que aumentan los beneficios.

La aparición de la industria floral en la ciudad ecuatoriana de Cayambe a finales de la década de 1980 afectó de manera sorprendente desde algunos puntos de vista (junto con otros factores individuales y familiares) a las tendencias en el empleo del tiempo (Newman, 2002). No aumentó el tiempo total dedicado por las mujeres a su trabajo, remunerado o no, contrariamente a las críticas frecuentemente vertidas contra el aumento de las exportaciones agrícolas, según las cuales la carga de trabajo de las mujeres en la industria es excesiva. De hecho, los datos más claros sobre el impacto de la industria reflejaron

CUADRO 1
Empleo en determinadas agroindustrias de valor elevado

PAÍS	PRODUCTO BÁSICO	AÑO DE LA ENCUESTA	NÚMERO DE EMPLEADOS DE LA AGROINDUSTRIA	PORCENTAJE DE PERSONAL FEMENINO (%)
Camerún	Bananos	2003	10 000	„
Côte d'Ivoire	Bananos y piñas	2002	35 000	„
Kenya	Flores	2002	40 000–70 000	75
Senegal	Judías con hilo	2005	12 000	90
	Tomates cherry	2006	3 000	60
Uganda	Flores	1998	3 300	75
Sudáfrica	Frutos de especies caducifolias	1994	283 000	53
Zambia	Hortalizas	2002/3	7 500	65
	Flores	2002/3	2 500	35
Chile	Frutas	Década de 1990	300 000	alrededor de 46
Colombia	Flores	Mediados de los 90	75 000	60–80
República Dominicana	Frutas, hortalizas, flores y plantas	1989–90	16 955	alrededor de 41
México	Hortalizas	Década de 1990	950 000	90

Fuentes: Para África: Maertens y Swinnen, 2009, Cuadro 1, datos basados en diversas fuentes; para América del Sur: Deere, 2005, Apéndice II, datos basados en diversas fuentes.

un incremento de la participación de los hombres en las tareas domésticas. En Cotacachi (Ecuador), en cambio, las mujeres no estaban dispuestas a mudarse o incluso a desplazarse a diario para trabajar en la industria de las flores, a pesar de que los salarios ofrecidos eran superiores. Las mujeres no consideraban que el empleo en la industria floral constituyese una opción posible, lo que indica o bien que sus maridos no les permitían trabajar o que pensaban que el trabajo sería perjudicial para sus relaciones familiares (Newman, 2002).

En el Senegal, se ha establecido una correlación entre el crecimiento de las cadenas modernas de producción hortícola y determinados efectos directos beneficiosos para las mujeres rurales, así como con la disminución de las desigualdades de género en las zonas rurales (Maertens y Swinnen, 2009). El estudio también señala que para las mujeres es más beneficioso trabajar en la producción de tierras a gran escala y la transformación agroindustrial que en la agricultura por contrato en pequeña escala y de valor elevado, en la que son empleadas a menudo como mano de obra familiar no remunerada.

Principales mensajes

- Las mujeres representan, por término medio, el 43 % de la fuerza laboral agrícola en los países en desarrollo, dentro de un intervalo que va desde alrededor del 20 % en América Latina hasta casi el 50 % en el Asia oriental y sudoriental así como el África subsahariana. La proporción es mayor en algunos países y está cambiando rápidamente en algunas partes del mundo.
- La agricultura es la principal fuente de empleo para las mujeres en las zonas rurales en la mayoría de las regiones de países en desarrollo, aunque la situación varía considerablemente según la región. Con mayor frecuencia que en el caso de los hombres, las mujeres tienen empleos con salarios bajos, estacionales y a tiempo parcial y tienden a cobrar menos que los hombres aun cuando sus cualificaciones son superiores a las de estos, pero los nuevos empleos en las agroindustrias de valor elevado orientadas hacia la exportación ofrecen a las mujeres oportunidades mucho mejores que las labores agrícolas tradicionales.